

Rocío Arana (Sevilla, 1977) es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla, y autora de tres poemarios: *Magia* (Númenor, 2002); *Pampaluna*, que se publicó en la colección de poesía *Adonáis* y con el que ganó el premio Florentino Pérez Embid en el año 2004; y *Mirar el fuego* (Pre-textos, 2010).

Ha participado en diversas antologías: *La búsqueda y la Espera* (Kronox, 2001), *Los cuarenta principales* (Renacimiento, 2002), *Alzar el vuelo* (César Sastre editor, 2006) y *Sombra hecha de Luz* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2006).

Colabora en Poesía Digital como crítica literaria y ha publicado sus poemas en revistas como *Clarín* y *Frontera*.



Ha publicado un libro de poemas en prosa: *Las siete barbies solteras* (Númenor, 2010), y mantiene desde 2006 un blog personal y literario ("El blog de Adaldrida".)

TELEOLOGIA

Los días fueron hechos
para el café, los taxis por las calles
y las tiendas de ropa, los atascos
y el trabajo y el jefe que pide más café.

Las noches se inventaron
para que las muchachas miraran a la luna
y en los *pubs* tonteasen las niñas con bikini
y en mi casa fumarán mis amigos

y tus ojos cayeran en mis ojos
como el cielo plumizo sobre una aldea gala.

(De *Magia*)

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE LLUVIA

Corren ríos menudos por la calle,
agua con torbellinos de hojas rotas.
Un arce japonés se levanta, temblando
una canción de gotas por sus ramas,
y me paro en la brisa para ver
el arcear del arce, la esencia de las cosas
mojadas y despiertas.

Un mismo amor recorre los caminos:
Es la lluvia de siempre, pero yo soy distinta.

(De *Pampaluna*)

VIAJES

Mi corazón doméstico y descalzo,
de andar por casa, de mirar el fuego
en bata y zapatillas, de paisajes
interiores; ventanas y ventanas,
mi corazón que duerme por el día
sintiendo la llamada de las tres
tiendas, que no se quiere levantar
y vuelve cada noche al escenario,

mirándote mirar se quedaría
toda la vida, si dijeras dónde.

EL BOLSILLO AZUL

A Juan Arana: mi padre.

Una tarde salimos a buscar
ardillas en un bosque de Alemania.
Los patos en el lago sobre el verde
y el rojo de las casas bailaban en silencio, se mecían
dulcemente los patos en mis ojos de niña de seis años,
y ahora que los veo danzar en mi memoria,
recobro aquel silencio de castillos
verdes en Alemania.

Me dijiste
que las ardillas viven en los árboles,
detrás de cada árbol se agazapan
y corren entre árboles con gestos
delicados de ardillas cuidadosas.
Por eso es tan difícil encontrarlas,
y por eso gasté tantas tardes buscando
ardillas en lugares tan remotos
como el bolsillo azul de tu chaqueta.

ADVIENTO EN LA GRAN CIUDAD

Un humo de castañas nos recibe.
Es la imagen de siempre, en esa esquina
que doblo y ya regreso
a los años de fiesta.
Mi madre y yo viajando en ese vértice
de calles inundadas por la luz.
El humo de castañas llena todo:
las letras encendidas de las tiendas,
el vaivén de las puertas de cristal.
Y pica en la garganta,
y es como despertar con treinta años,
pero la fiesta no termina nunca:
mi madre lleva puesto
el abrigo dorado de los cuentos antiguos.

(De *Mirar el fuego*)

EL RÍO

Era un río tu brazo, con sus venas
caudalosas fluyendo hacia mis ojos,
y un diminuto fuego tus palabras
disponiendo, certeras, mi derrota.

Y tus manos abriéndome otro mundo
fugitivo y feliz, igual que un río,
y hubo sólo un minuto
de maravilla rota para siempre.

EL SUSTO

El susto era un dragón de fuego rojo que venía a comerme. Son terrores nocturnos, salmodiaban los médicos: bajadas de glucosa. Era el terror primero, sordo y mudo: los muebles se torcían contra mí, la pared era un potro de tortura y la luz un ciempiés interminable.

Y yo, con las pupilas dilatadas, giraba en espiral. Era la guerra de relámpagos secos. Para mí era el dragón nocturno, y los demás no traspasaban nunca mi planeta.

Ahora todo es luz entre las sombras, he guardado el dragón bajo la cama y dormir es mi sueño favorito.

OMELETTE

Como un ciclón invade los salones, la casa, las alcobas, el vestíbulo, un aroma de huevos cocinándose.

Era primero el eco de la loza contra el rojo metal del tenedor: ruido de castañuelas y cansancio, el pijama de pies, las gotas de Nenuco. Los deberes que nunca se acababan, la lámpara flotando sobre el lunes.

Luego la lumbre se encendía, y era el amor sin cansancio del aceite: fundirse, crepitar. Y mi madre logrando la redondez exacta, amarilla y brillante. Una felicidad redonda y de diario.

